

Estábamos sentados en un banco dentro de un vagón de transporte de ganado detenido en las vías del tren en febrero de 1945. No conseguía separarme de la puerta abierta, que dejaba entrar el viento cortante de la llanura nevada. Quería volver a casa para no seguir siendo un invitado en Budapest; de ahí este viaje de una semana de regreso a Berettyóújfalu, de donde se habían llevado a nuestros padres y de donde logramos escapar en la víspera de la deportación. Si hubiéramos tardado un día más, habríamos acabado en Auschwitz. Mi hermana de catorce años a lo mejor habría sobrevivido. Yo tenía once años; a mis compañeros de clase el doctor Mengele los mandó a todos a la cámara de gas.

De nuestros padres no sabíamos nada; me despedí de la idea de encontrar todo en su sitio al pasar del re-

llano al vestíbulo y de allí a la sala con su color azul claro. Sin tener aún la certeza, presentí que no hallaría nada. Al cerrar los ojos, no obstante, repasé viejas rutinas: bajo de casa a la tienda a ver a mi padre, entro por la puerta de hierro trasera pintada de amarillo, lo encuentro junto a la estufa frotándose las manos, sonriendo, charlando, mirando con sus ojos azules a todo el mundo con franqueza, con familiaridad y picardía, como si preguntara: ¿A que tú y yo nos entendemos? Aletargado después de la comida, se estira en la tumbona del balcón, se enciende uno de sus cigarrillos Memphis de boquilla dorada, hojea los periódicos y luego echa una cabezada.

* * *

Desde que tuve uso de razón, sospechaba secretamente que quienes me rodeaban eran muy infantiles. Tomé conciencia de lo infantiles que eran mi padre y mi madre cuando escuchaba a escondidas sus chafalditas en la cama conyugal, y ellos creían que no los oíamos. Eran exactamente iguales que mi hermana y yo. A partir de los cinco años, sabía que si Hitler ganaba, me matarían. Una mañana mi madre me cogió en el regazo y cuando le pregunté quién era ese tal Hitler y por qué hablaba tan mal de los judíos, me respondió que ella, desde luego, tampoco lo sabía, que quizá era

un loco o quizá un malvado. Ese hombre decía que los judíos debían desaparecer. ¿Por qué habíamos de desaparecer de nuestra propia casa y, si lo hacíamos, adónde teníamos que ir? ¿Sólo porque ese tal Hitler, a quien mi niñera escuchaba con perversa devoción, se inventaba estupideces tales como que nosotros no debíamos estar donde estábamos?

¿Por qué le gusta todo aquello tanto a Hilda? ¿Cómo es posible que le guste la idea de que yo deje de existir cuando todas las mañanas me baña con cariño, juega conmigo, nos arrimamos el uno al otro y a veces se mete conmigo en la bañera? ¿Cómo es posible que Hilda, siendo tan buena conmigo, me quiera mal? Esta Hilda, aunque guapa, es evidentemente tonta. Decidí muy pronto que todo cuanto me amenazaba era una estupidez porque yo no amenazaba a nadie. No estaba dispuesto a considerar una buena idea aquello que era malo para mí.

Desde mis más tempranos recuerdos, siento que soy el mismo; ahora no veo distinta ni más infantil a aquella criatura que a los cinco años se aventuraba en bicicleta hasta el puente sobre el Berettyó y se asomaba al río, que en verano sólo medía entre ocho y diez metros de ancho y serpenteaba amarillo y arcilloso entre los márgenes cubiertos de hierba, mostrándose manso aunque en realidad era traicionero, lleno de remolinos. En primavera veía desde el puente cómo

corría el río crecido y desbordado, arrastraba casas, arrancaba grandes árboles, llevaba animales muertos, derribaba los diques interiores, y se podía ir en bote entre los edificios porque las calles de la ribera estaban bajo el agua.

Tenía la sensación de que de nada podía fiarme plenamente, de que el peligro acechaba en todas partes. En la Torre Mocha el aire era fresco y olía a moho, los murciélagos revoloteaban en su interior, las ratas me daban miedo. Antaño asediada y luego ocupada por los turcos, era una tierra salvaje, región de invasiones, zona de tránsito de los ejércitos; bandoleros, salteadores, mercenarios y alguaciles corruptos cabalgaban por esta llanura, y los aldeanos se refugiaban a veces en los pantanos.

De mi infancia recuerdo que las conversaciones eran pausadas, ceremoniosas y sumamente cordiales. La gente no se daba prisa a la hora de hablar y tampoco lo esperaba de los demás. Por las tardes, cuando recogían el ganado, los vaqueros hacían restallar los látigos con poderío. Corrían historias sobre los navajeros del condado de Bihar, y en los bailes de sábado los cambios de pareja terminaban más de una vez en puñaladas.

* * *

Con el pelo largo y rizado a los lados, con pantalones provistos de tirantes, yo entraba en la sala con sus muebles de color azul claro, igual que el mantel; aquel cuarto daba al balcón iluminado por el sol, y en la mesa aguardaban el cacao y el pastel con requesón. Todo el mundo procuraba complacerme, muchos habían trabajado ya ese día para mí y para mi entrada en la sala, puesto que estaban encendidas la estufa del baño y la estufa de azulejos, habían hecho ya la limpieza hacía rato y se oían las tentadoras voces de los diligentes preparativos en la cocina.

Yo aprestaba el oído: tal vez había llegado el diminuto señor Tóth, aquel que traía la leche y la mantequilla de búfala y cuyos búfalos veía yo desde la ventanilla del tren cuando viajábamos a Nagyvárád: permanecían tumbados en grandes charcos y se limitaban a sacar la cabeza del agua en verano. El señor Tóth, un hombrecito un poquito más alto que yo, desplegaba con suma gracilidad el pañuelo ribeteado donde guardaba el dinero y donde ponía el adelanto mensual, por el que traía la leche, el requesón y la crema agria y por el que todo se volvía tan blanco como negros eran sus búfalos.

Me habría gustado ser fuerte. Esperanzado, palpaba el bíceps de nuestro cochero; exactamente así deseaba yo los músculos de mis brazos, músculos gruesos y bronceados que se hincharan. Andrés traía el

agua con un carruaje provisto de un tanque pintado de gris y tirado por un caballo llamado *Gyurka*. Iba a buscar el agua al pozo artesiano, donde las mujeres esperaban en fila, cada una con dos jarras. Recuerdo a los cocheros Andrés y Gyula, recuerdo a Vilma, a Irma, a Julis y a Regina, que trabajaban en la cocina, y a Annie, a Hilda y a Livia, que estaban en el cuarto de los niños y dormían en la cama de las institutrices situada cerca de la mía.

Crepitaba el fuego en la estufa de azulejos; no había que cerrarle la puerta por el momento, sólo cuando se formara la brasa; daba unas palmadas al costado de la estufa y me sentaba a la mesa, sobre la almohada puesta para elevar mi asiento. Eran las nueve; mi padre había bajado ya a la tienda, ante cuya puerta interior esperaban los dependientes y criados. Había de tomar el desayuno sin mi padre, en compañía de mi hermana Éva y de la institutriz; mi madre también se sentaba con nosotros si sus tareas lo permitían, ponía el montón de llaves sobre el mantel azul claro; se necesitaba tiempo para abrir y cerrar las diversas puertas y cajones.

Era tal vez el día de mi tercer cumpleaños. Un sábado. Me fascinaba la intensa luz que proyectaba el muro amarillo de la sinagoga situada detrás de la casa. El nogal y el cerezo empezaban a dar flores en el jardín. Reinaba el silencio a mi alrededor en la sala, pero

se oían susurros desde el comedor. Era bonito oír a todo el mundo cuchichear allí dentro, sin que se abriera la puerta todavía y sin que yo tuviese que alegrarme aún de forma manifiesta. Cuando recibía los regalos, convenía jugar con los juguetes, sí, pero ¿cuánto tiempo debía permanecer sentado sobre el caballito de madera?

La novedad era que las cigüeñas se habían instalado ya en el tejado de la sinagoga sobre una columna parecida a un bastión, al lado del Arca de la Alianza. El invierno no les deshizo el nido; una de las columnas era el domicilio familiar; la otra, el despacho del marido, donde solía permanecer mientras anochecía, después de abastecer a la familia con el botín de sus cacerías, reflexionando en solitario sobre un solo pie y con el pico pegado al cuerpo.

Un grupo de olores era el formado por la caja de la leña y por la madera de roble que ardía; de allí nos dirigíamos al dormitorio de mis padres, donde reinaba el olor del armario de mi madre con la inevitable lavanda contra las polillas. Otro emocionante concierto de olores me llamaba a la cocina, pero no para comer; tal vez solamente un pastel de requesón para acompañar el café con leche; no era la hora aún de que se apreciase el olor a cebolla y a carne sanguinolenta, no quería ver la gallina tumbada en el embaldosado, de cuyo cuello manaba y caía en un plato blanco esmal-

tado la sangre que las criadas dejaban coagular y que luego freían con las cebollas y tomaban para almorzar.

* * *

El desayuno era magnífico. Luego organizábamos un denso programa, bajábamos a la ferretería de mi padre, un espacio de diez por veinte metros con un sótano de idénticas dimensiones, utilizado como almacén, donde se encontraba todo cuanto se fabricaba con hierro y cuanto necesitaban las gentes del condado de Csonka-Bihar. ¿Por qué se añadía la palabra *csonka*, o sea, «mocho», a Bihar? Después de la Primera Guerra Mundial, a Hungría le segregaron Transilvania y, por tanto, también la capital del condado, Nagyvárad (con gran parte de mi familia, burgueses judíos de habla húngara). Berettyóújfalu se convirtió, por tanto, en la capital de lo que quedó del condado de Bihar. A su mercado de los jueves iban a comprar todos, incluso de las aldeas más remotas.

Ese día, el tráfico se ponía en movimiento a primera hora de la mañana, se oían las campanillas colocadas en los cuellos de las caballerías, y en invierno los carros se desplazaban sobre patines de trineo. Hasta por la ventana cerrada penetraban los relinchos y el piafar de los caballos, el ruido de los coches, el mugido de las reses. La ferretería de mi padre estaba llena, los

clientes no sólo pedían los productos, sino que regateaban y bromeaban en voz alta, y también hacían bromas los dependientes, los cuales conocían a casi todos los compradores. La señora Mari y el señor János sabían responderles. Los dependientes y criados de mi padre habían empezado todos con él, fueron todos aprendices suyos desde los trece años. Antes de abrir la tienda, barrían el suelo aceitoso y lo regaban trazando unos ochos con el agua de la reguera. El personal llevaba bata azul; el contable, chaqueta de paño negra; mi padre, traje gris oscuro. Al entrar yo, venía a mi encuentro el olor a hierro y a virutas de madera y después el del lubricante de los ejes de los carros, así como el del papel grasiento con que envolvían las armas de caza. Era capaz de distinguir los clavos de los alambres con los ojos cerrados sólo por el olor. La tienda olía a hombres, a botas y al almuerzo que allí se consumía: el pan, el tocino y los dados de cebolla iban del filo de la navaja a la boca pasando por debajo de los bigotes.

Lajos Üveges atendía a tres clientes a la vez, se mostraba amable con unos y daba ánimos a otros y hasta tenía tiempo para preguntarme: «¿Qué tal, muchacho?». Explicaba con absoluta seguridad qué se necesitaba para ferretear los carros; no existía en Berettyóújfalú ningún industrial cuyo oficio Lajos Üveges no conociera. «Tú observa cómo proceden», me aconsejó para toda mi vida. Yo observaba cómo liaba los ciga-

rrillos con una sola mano, cómo me fabricaba un caballito de madera, cómo arreglaba la bicicleta, todo para luego imitarlo. Observaba cómo hablaba con los viejos campesinos de tal manera que ellos percibieran tanto el respeto como el humor. Lajos olía agradablemente a una loción para el bigote, igual que mi abuelo, el cual le había dado de la suya. Existen olores ideales a loción para el bigote: ése era uno de ellos. Lajos disfrutaba con el trabajo, se divertía fundiendo hierro, reparando aparatos eléctricos y sacando miel de las colmenas.

En 1950, cuando estatalizaron la tienda, Lajos Üveges fue nombrado director de la ferretería, que por aquel entonces ocupaba ya la vivienda de la primera planta y la sinagoga contigua como almacén y empleaba a veintidós personas. Era, entre los dependientes, el más adecuado para desempeñar este papel, aunque nunca tanto como mi padre.

* * *

Se oía redoble de tambores, el pregonero anunciaba con tono solemne el siguiente número del programa. Desfilaba la banda militar, con el tambor mayor a la cabeza, un hombre generalmente gordo que blandía de forma ceremoniosa su largo y abigarrado bastón. Atrás, un muchacho gitano bajito hacía sonar su pro-

pio tambor. Las letras de los himnos militares se volvían cada vez más desagradables: «¡Eh, judío, judío, eh, judío asqueroso!». Así empezaba una de ellas. Mi padre cerraba entonces la puerta de la tienda y no reaccionaba a cuanto oía.

En la calle reinaba el olor a cagajones equinos y vacunos, pues, aunque barrían la vía principal, siempre quedaba sobre los adoquines algún rastro del paso de los carros tirados por bueyes o caballos, por donde pasaba, además, el ganado por la mañana y por la noche, dispersándose con inteligencia por las calles laterales, pues las vacas y los gansos encuentran el camino a casa igual que los hombres.

Hasta el día de hoy siento, por otra parte, el olor de los baños; la piscina se llenaba muy poco a poco con el agua procedente del pozo artesiano. La vaciaban el domingo por la noche y después de limpiarla empezaban a llenarla en silencio y de forma paulatina, de modo que sólo acababa colmándose el miércoles por la noche. El agua artesiana, que subía desde una profundidad de varios cientos de metros y que olía un poquito a hierro y a azufre, pintaba las paredes de la pequeña piscina de un color ocre parecido al óxido. Era el agua que bebíamos, nos venía en jarros esmaltados y llegaba a la mesa en una jarra de vidrio. Traían el agua para lavarse del pozo en un carruaje provisto de un tanque; la bajaban al sótano y desde allí la bombea-

ban al desván, desde donde iba a parar a la bañera a través del grifo. Mucha gente había de trabajar para que una casa burguesa pudiera funcionar.

Hasta el día de hoy oigo el canto y las conversaciones de las criadas. Teníamos una vieja cocinera, Regina, de un carácter sumamente pacífico, pero cuando la molestaban despotricaba así: «¡Que una lluvia silenciosa caiga sobre él!».

También se cantaba en la sinagoga: «El Eterno es uno». En el templo olía a amargo; era el olor de los mantos de plegarias. La voz del recitador desaparecía entre los cuchicheos y el rumor generalizado. Luego venían las carreras en el patio del templo y la pelea con una cabra a la que cogía por los cuernos y trataba de empujar hacia atrás. El animal se dejaba un rato, pero después me daba un empujón y yo caía de espalda.

* * *

Mi familia era de provincias, sobre todo del condado de Bihar; residía en parte en Nagyvárad, en parte en Berettyóújfalu, pero también en Debrecen, en Miskolc, en Brassó y en Kolozsvár; eran judíos de lengua materna húngara. Casi todos han muerto ya. A cinco primos míos los mataron en Auschwitz y en Mauthausen. Tres hermanas de mi padre y dos de mi madre corrieron

la misma suerte. Los *cruces flechadas* mataron a tiros a un tío mío, hermano de mi madre, en la calle.

La generación de mi padre acabó el bachillerato; la mía, una carrera universitaria. Nos dedicamos a profesiones diversas: ingeniero textil, biólogo, cirujano, economista, matemático, escritor. Los miembros de la segunda generación eran comerciantes, fabricantes, un médico, un banquero, un farmacéutico, un óptico, todos ciudadanos bien acomodados antes de la deportación.

Los miembros de la tercera generación han sido intelectuales, gente con espíritu crítico, humanistas rebeldes, un ingeniero de izquierdas que organizaba huelgas contra su padre, un médico despedido que organizó un grupo de partisanos.

La familia de mi madre era más acomodada, no tanto por el abuelo como por el sentido práctico y el talento comercial de mi abuela. Mi abuelo materno era más bien un lector de libros y quizá ni siquiera le interesaban las empresas. Tenía una esposa muy lista, y, gracias a ella, la familia poseía toda suerte de fábricas: una de muebles, otra de betún y de cal, así como explotaciones forestales. Él era un hombre religioso, aunque no ortodoxo. Leyó mucho sobre el judaísmo. Miembro de la presidencia tanto de la comunidad neóloga como de la ortodoxa de Nagyvárád, le gustaba presumir en las ceremonias y tenía cierta inclina-

ción a vivir bien. No era muy hacendoso. Se conformaba con trabajar desde las nueve de la mañana hasta el mediodía. Después venía el almuerzo en familia, el café por la tarde y la lectura en su propia vivienda por la noche, pues por entonces ya estaba harto del barullo familiar.

En abril viajaba de Nagyvárad a Berettyóújfalu a pasar la noche del Seder; en nuestra casa era él quien leía las respuestas de la Hagadá a mis preguntas (pues es el más pequeño quien ha de formularlas). Me dio un libro con el dibujo de un mosaico y de un cedro en la cubierta que había de leer en la fiesta del Éxodo. Había en la Hagadá unas cuantas ilustraciones, y entre ellas cuatro figuras: el Guerrero, el Comerciante, el Erudito y el Simple, aquel que ni siquiera sabe preguntar. A mí me gustaba mucho el Simple, el que no sabía ni preguntar, pero mi abuelo me dijo que no encajaba en absoluto conmigo porque yo no paraba de importunarlo con preguntas.

Durante la ceremonia nocturna guardaban una copa de vino para el profeta Elías entre las dos hojas de la ventana doble. Por la mañana la copa había desaparecido. El misterio de la visita del profeta Elías a nuestra casa me intrigaba sobremanera. Una vez oí suaves ruidos en el comedor, situado al lado de la habitación de los niños. Me levanté rápidamente de la cama y espí por el resquicio de la puerta. Vi a mi abuelo con un camisón blanco

que llegaba al suelo; cogía la copa de vino de la ventana y se la bebía. Diez años después de la muerte de la abuela, volvió a casarse a los ochenta años.

También teníamos un árbol de Navidad, con regalos a su pie, y cantábamos *Stille Nacht, heilige Nacht* con mi hermana al piano. Mis padres no mencionaban al niño Jesús, pero según mi institutriz era él quien venía y traía los regalos; es más, él decoraba el árbol. Lo imaginaba como un ser volador. Contrariamente al profeta Elías, que recorría el cielo en su carro de fuego, me figuraba a Jesús más bien con forma de ave, aunque no estaba muy seguro de que vinieran ni el uno ni el otro.

* * *

Mi tatarabuelo Salamon Gottfried, el primer judío que se instaló en Berettyóújfalu a finales del siglo XVIII, abrió una fonda y se la dejó a su hijo, Sámuel Gottfried, que era ya terrateniente, propietario de cincuenta yugadas, un hombre fuerte que se hacía respetar y que mantenía el orden en su establecimiento, donde no toleraba ni las palabras soeces ni los gritos, pero admitía a los bandidos. La fotografía muestra unos ojos probablemente azules de mirada penetrante, un sombrero negro de ala ancha y una camisa abotonada hasta el cuello; parecía un hombre tenaz de rostro enérgi-